



El séptimo círculo

Dick Francis

Riesgo mortal



Roland Britten, joven asesor impositivo de empresas, jinete aficionado de carreras de obstáculos, es secuestrado dos veces sin motivo aparente. ¿Venganza por parte de clientes a quienes obligo a respetar la ley? ¿Alguien que quiere impedir que corra una carrera en la que se niega a perder? ¿Un administrador que teme que ponga en descubierto sus manejos ilegales? Dick Francis sabe mantener el suspenso y ofrece todo tipo de posibilidades para descubrir las causas posibles de los hechos hasta el final en que ofrece al lector la clave en forma aparentemente inesperada. Como lo expresa el Sunday Express «Mr. Francis tiene un notable don para apresar al lector, aun a aquel que no está especialmente interesado en el mundo de las carreras. Y, como siempre, ofrece algo más que mera tensión».

A la memoria de
LIONEL VICK
primero corredor profesional de carreras de
obstáculos,
luego contador responsable;
siempre un hombre valiente.
Y gracias a su socio
MICHAEL FOOTE

UNO

EL JUEVES 17 de marzo pasé la mañana ansioso, la tarde en éxtasis y la noche inconsciente.

El jueves, en algún momento entre el anochecer y la salida del sol, emergí a la superficie en medio de una pesadilla que no me hubiera preocupado demasiado si hubiera estado durmiendo.

Me tomó bastante tiempo darme cuenta de que en realidad estaba despierto. Medio despierto, a decir verdad.

No había luz. Suponía que mis ojos estaban abiertos, pero la oscuridad era total.

Había mucho ruido; ruidos diferentes, muy fuertes y confusos. Un motor potente. Golpeteos. Crujidos. Ruidos precipitados. Estaba allí tirado, atontado, y me sentía apaleado por ese exceso de sonidos.

Tirado... Estaba en una especie de colchón. De espaldas, helado, descompuesto y rígido. Dolorido. Temblando. Con el cuerpo deshecho y la mente perpleja.

Traté de moverme, y por alguna razón que desconocía no pude levantar ninguna de las dos manos hasta la cara. Parecían estar pegadas a mi cuerpo. Muy extraño.

Pasó un tiempo interminable. Cada vez estaba más helado, más descompuesto, más rígido... y despierto del todo.

Traté de sentarme. Me golpeé la cabeza con algo que estaba muy cerca, arriba de mí. Me volví a acostar, luché

con una súbita oleada de miedo y me obligué a actuar paso a paso.

Manos. ¿Por qué no podía mover las manos? Porque mis muñecas parecían estar sujetas a los pantalones. No tenía sentido, pero me daba esa impresión.

Espacio. ¿Qué pasaba con el espacio? Moví con dificultad mis pies helados, explorando. Me encontré con que no tenía zapatos. Solo medias. A la izquierda una pared. Arriba, muy cerca, un techo. A la derecha una barrera más blanda. Tela, pensé.

Moví todo el cuerpo un poco hacia la derecha y tanteé con los dedos. No era tela sino red. Como una red de tenis. Muy ajustada, para mantenerme adentro. Pasé los dedos por los agujeros pero no pude sentir nada del otro lado.

Ojos. Si no me había vuelto ciego de golpe, (y no parecía ser así) estaba en algún lugar adonde no llegaba la luz. Qué deducción brillante. Muy constructiva. Viva, viva.

Oídos. Casi el problema más serio. Los asaltaba un estrépito continuo, encerrándome aún más en esa estrecha caja negra, impidiéndome oír algo más que el poderoso y confuso motor. Tenía la sensación aterradora de que aun si gritaba nadie me oiría. Y tuve de pronto la sensación todavía más aterradora de que *deseaba* gritar. Para que viniera alguien. Para que me dijeran adonde estaba, y por qué, y qué demonios estaba pasando.

Abrí la boca y grité.

Grité: «Eh», y «Vengan» y «Desgraciado hijo de puta, venga y sáqueme de aquí»; y me retorció en medio de una furia inútil. Todo lo que logré fue que mi voz y mi miedo rebotaran en el espacio cerrado y que todo empeorara. Reacción en cadena. Un viaje sin retorno al agotamiento.

Al final dejé de gritar y me quedé quieto. Tragué. Rechiné los dientes. Traté de forzar mi mente para aferrarme a la cordura. La confusión llevaba a la incoherencia. *Concéntrate*, me dije. *Piensa*.

Ese motor...

Era grande. Trabajando mucho. Cercano, pero no donde yo estaba. Del otro lado de la pared, tal vez detrás de mi cabeza.

Si parara, pensé ya atontado, me sentiría menos enfermo, menos pulverizado, con menos miedo, menos amenazado.

El motor siguió martilleando, y su vibración me llegaba a través de las paredes. No era una turbina; no era lo bastante suave y no gemía. Un motor a pistón, pesado, como el de un tractor... o un camión. Pero no estaba en un camión. No se movía, y el motor nunca alteraba su ritmo. Ni lo disminuía ni aceleraba. No hacían cambios. No era un camión.

Un generador. Es un generador, pensé. Fabricando electricidad.

Estaba acostado en la oscuridad, atado y en una especie de estante cerca de un generador. Helado, descompuesto y asustado. ¿Dónde?

Y de cómo llegué hasta allí... bueno, eso lo sabía, hasta cierto punto. Me acordaba bien el principio. Nunca me olvidaría del jueves 17 de marzo.

Las preguntas más perturbadoras eran aquellas para las que no encontraba respuesta.

¿Por qué? ¿Para qué? ¿Y *ahora* qué?

DOS

EL JUEVES por la mañana un cliente con su vida en ruinas me retuvo en mi oficina de Newbury hasta mucho después de la hora en la que tendría que haber salido para las carreras de Cheltenham, y me parecía grosero decirle: «Sí, señor Wells, siento mucho lo de su agonía, pero en este momento no puedo ayudarlo porque quiero terminar e ir a divertirme». No había más remedio que sacar al señor Wells, de mirada fija y suicida, de sus arenas movedizas.

Me tomó tres horas y media de análisis, simpatía, cognac, discusión de modos y maneras y charla general, el devolverle algo de esperanza a su horizonte; y yo no era su médico, ni cura, ni abogado, ni ningún otro tipo de «sostienemanos», sino nada más que el contador que él había contratado de urgencia la noche anterior.

El señor Wells había mordido el polvo en manos de un asesor financiero inescrupuloso. El señor Wells, frenético, desesperado, había oído decir que Roland Britten, aunque joven, ya había efectuado otros trabajos de salvataje. El señor Wells había ofrecido por teléfono tarifas dobles, lágrimas y agradecimiento eterno para convencerme: y el señor Wells había resultado un maldito pelmazo.

Por primera, y quizás por última vez en mi vida, yo iba a participar ese día en la Copa de Oro de Cheltenham, la carrera más importante, después del Gran Premio Nacional, en la existencia de un jinete especializado en carreras de obstáculos. No importaba que los concedores no le

concedieran muchas probabilidades a mi caballo ni que los apostadores estuvieran ofreciendo apuestas adelantadas cuarenta a uno en mi contra; el hecho es que para un aficionado como yo la oferta de correr en la Copa de Oro era lo máximo a que podía aspirar.

Gracias a Wells no salí de la oficina temprano y tranquilo, después de haber echado una rápida ojeada al correo del día. Solo a la una menos cuarto pude empezar a desprenderme de su abrazo de sanguijuela y lograr que se fuera, y eso después de prometerle otra larga sesión el lunes siguiente. A mitad de camino hacia la puerta volvió a detenerse. ¿Estaba seguro de que habíamos estudiado todas las posibilidades? ¿No podía concederle la tarde? El lunes, dije con firmeza. ¿Y no había ningún otro a quién pudiera ver?

—Lo siento —le dije—. Mi socio está de vacaciones.

—¿El señor King? —preguntó, señalando el letrero «King y Britten» pintado en la puerta abierta.

Asentí con aire apesadumbrado, dando a entender que mi socio, si no se encontrara dando una vuelta por algún lugar de España, hubiera insistido en que saliera para Cheltenham a tiempo. Trevor King, grandote y canoso, autoritario y mundano, sabía cuáles eran mis prioridades.

Trabajábamos juntos desde hacía seis años, cuando me había convencido de que debía abandonar la oficina céntrica en la que había empezado mi entrenamiento con la única tentación que yo no podía resistir: un horario de trabajo flexible que me permitiera ir a correr. Él ya tenía cinco o seis clientes del mundillo de las carreras, ya que Newbury era el centro para muchas de las caballerizas que se encontraban a lo largo de Berkshire Downs y, al necesitar reemplazar a un ayudante que se iba pensó que si me reclutaba tendría la posibilidad de adquirir más clientes en ese ramo. En realidad nunca se expresó así, porque no era hombre de usar dos palabras donde una bastaba, pero su

visible satisfacción a medida que su plan fue funcionando lo hizo bastante obvio.

Al parecer todo lo que había hecho para comprobar mi habilidad como contador en contraposición a la de *jockey* aficionado fue preguntar a mis empleadores si me ofrecerían un buen aumento de sueldo para retenerme. Dijeron que sí, y lo hicieron. Parece que al irse, Trevor había sonreído como un tiburón amable. Su subsecuente oferta fue de unirme a él como socio y dejarme mucho tiempo para correr; mi parte en la sociedad me costaría diez mil libras y podía pagárselas en varios años, descontándolas de mis ganancias. ¿Qué me parecía?

Me pareció que podía funcionar muy bien, y así fue.

En algunos aspectos no conocía a Trevor mucho mejor que el primer día. Nuestra verdadera relación empezaba y terminaba en la puerta de la oficina, y el contacto social de afuera se limitaba a una reunión formal por año, a la que su mujer me invitaba por carta. Tenía una casa lujosa; el edificio y el contenido *circa* mil nueve veinte, con pesados vidrios cortados a la medida de la superficie lustrada de sus muebles y un magnífico bar construido dentro de una habitación que él llamaba su «refugio». Sus amigos tendían a ser altos ejecutivos y consejeros del condado, ciudadanos sólidos, como el mismo Trevor.

A nivel profesional lo conocía bien. Aspecto ortodoxo, sobrio y tradicional. Patriarcal, pero no pomposo. Daba el tipo de consejos que seguían pareciendo sensatos aunque a la distancia no resultaran así.

Tal vez había en él algo sádico. A veces me parecía que obtenía un verdadero placer detallando las obligaciones impositivas de un cliente y observando cómo se deprimía.

Preciso de mente y método, discretamente ambicioso, feliz de sentirse un personaje local, y encantador con las ancianas damas ricas. Sus clientes favoritos eran las compañías prósperas; los menos deseados, los individuos incompetentes con sus negocios próximos al desastre.

Al final me libré del incompetente señor Wells y llevé mis tensiones a la playa de estacionamiento de la oficina. Había cien kilómetros de Newbury a Cheltenham, y en el camino me comí las uñas. Había dos tramos en construcción y un convoy militar, y yo sabía que cerca de la pista el embotellamiento de los que iban a las carreras significaba perder media hora para hacer el último kilómetro y medio. Ya se había dicho bastante acerca del riesgo de poner un aficionado, («Por más bueno que sea», como había escrito un amable periodista) contra la plana mayor de los profesionales, montados en los mejores caballos del país, en la carrera más importante de la reunión más prestigiosa de la temporada. «Lo mejor que puede hacer Roland Britten es mantener a Tapestry fuera de las patas de los demás», era la propuesta de un periodista menos amable, y a pesar de que más o menos yo coincidía con él, no era mi intención cumplirlo llegando tarde. De todos los comportamientos no profesionales, ese era el peor.

El llegar tarde era en ese momento la última y más aguda de las presiones a las que estaba sometido. Corría como aficionado desde los dieciséis años, pero ahora, con los treinta y dos a la vista, cada vez me costaba más mantenerme en forma. La edad y el trabajo de oficina estaban carcomiendo esa vitalidad que siempre di por sentada; ahora necesitaba un gran esfuerzo para hacer lo que antes hacía sin pensar. La hora y media que pasaba todas las mañanas muy temprano cabalgando en la pista de un preparador local ya no bastaba. Últimamente, en un par de finales apretados, sentí que la fuerza se me escurría de los músculos crujientes como agua de la bañera, y perdí por lo menos una carrera a causa de eso. No podía jurarme ni a mí mismo que estaba en forma para la Copa de Oro.

El trabajo en la oficina se había multiplicado al punto en que hacerlo como es debido era un problema en sí mismo. Mis medios días libres para correr empezaban a parecer una traición. Los sábados todo estaba bien, pero

los clientes impacientes veían con irritación mis miércoles en Ascot o los jueves en Stratford-upon-Avon. El que yo trabajara de noche en casa para compensarlos satisfacía a Trevor, pero a nadie más. Y el peso de los acontecimientos, para usar una frase hecha, me estaba aplastando.

Aparte del señor Wells, había otros trabajos que debería haber hecho esa mañana. Tendría que haber enviado una carta reclamando por la tasa de impuestos de un *jockey* importante, haber firmado el certificado de un administrador; y había dos citaciones de la Comisión Impositiva para un par de clientes, y eso necesitaba una acción inmediata, aunque fuera evasiva.

—Pediré un aplazamiento —le dije a Peter, uno de nuestros dos ayudantes—. Llame a los dos clientes y dígales que no se preocupen, que me ocuparé en seguida de sus cosas, y controle que tengamos todos los papeles necesarios. Pídales que le manden cualquiera que falte.

Peter asintió, hosco, sin ganas, dejando ver que yo siempre le daba demasiado trabajo. Tal vez tenía razón.

Los planes de Trevor para tomar otro ayudante habían sido detenidos hasta ahora por una oferta que nos estaba provocando dolores de cabeza a los dos. Una gran firma de Londres quería unirse a nosotros, juntarse, amalgamarse, y establecer una sucursal importante en nuestro terreno, con nosotros adentro. Desde el punto de vista material nos beneficiaría, ya que en este momento el creciente aumento de los gastos, como el alquiler, la electricidad y los sueldos de los ayudantes, hacía que tuviéramos que poner dinero de nuestros bolsillos para cubrir la diferencia. También tendríamos menos tensiones, porque ahora, si uno de nosotros estaba enfermo o salía de vacaciones, toda la carga caía sobre los hombros del otro. Pero Trevor agonizaba ante la idea de no ser más el patrón absoluto, y yo sobre la pérdida de mi libertad. Habíamos postergado la decisión hasta la vuelta de España de Trevor, de aquí a

dos semanas, pero en ese momento tendríamos que enfrentar la sombría realidad.

Tamborileé con los dedos en el volante de mi Dolomite y esperé con impaciencia a que las luces de la obra caminera se pusieran verdes. Miré el reloj por centésima vez.

–Vamos –dije en voz alta–. *Vamos*.

Binny Tomkins debía de estar furioso.

Binny, el preparador de Tapestry, no me quería a mí encima del caballo. «No en la Copa de Oro», había dicho con énfasis cuando la dueña me había propuesto. Se miraron con rabia delante del cuarto de pesaje de la pista de Newbury, adonde Tapestry acababa de ganar la carrera de cinco mil metros: la señora Moira Longerman, menuda, rubia y parecida a un pajarito, contra ochenta kilos de macho frustrado.

–Solo porque es su contador –le estaba diciendo Binny cuando me junté con ellos después del pesaje–. Es ridículo.

–Bueno, ¿hoy ganó, no? –dijo ella.

Binny abrió los brazos, respirando fuerte. La señora Longerman me había ofrecido la carrera de Newbury en un arrebato, cuando el *jockey* estable se rompió el tobillo al caerse del caballo en una carrera anterior. Binny me aceptaba como un reemplazo temporario con bastante condescendencia, pero Tapestry era el mejor caballo de su cuadra, y para un mediocre como él, tener un corredor en la Copa de Oro era todo un suceso. Quería el mejor *jockey* profesional que pudiera obtener. No quería al contador de la señora Longerman, que con suerte corría treinta carreras al año. Sin embargo, la señora Longerman había murmurado algo acerca de pasar a Tapestry a las caballerizas de un preparador más comprensivo, y yo no había sido lo bastante desinteresado como para rechazar la oferta, así que Binny se había acalorado en vano.

El contador anterior de la señora Longerman le había hecho pagar durante años más impuestos que los que co-

rrespondían y yo había obtenido una devolución de miles. No eran las razones más lógicas para elegir a un *jockey* que la representara en la Copa de Oro, pero entendí que me agradecía dándome algo que no tenía precio. Yo no quería desilusionarla de ninguna manera, y eso también era presión.

Estaba preocupado porque debía hacer un papel razonable, pero no lo estaba por la posibilidad de caerme. Cuando uno se preocupa por las caídas es hora de dejar de correr. Supongo que me pasará algún día, pero todavía no. Me preocupaba no estar en forma, ser un indeseable y llegar tarde. Suficiente por el momento.

Binny chisporroteaba como un fusible cuando llegué, jadeando, al cuarto de pesaje.

—¿Dónde demonios ha estado? —preguntó—. ¿Se da cuenta de que ya ha terminado la primera carrera y que dentro de cinco minutos lo van a multar por no presentarse?

—Lo siento.

Llevé mi montura, el casco y el bolso con el resto de mi equipo hasta el vestuario, me senté agradecido en el banco y traté de dejar de sudar. Alrededor de mí tenía lugar la bulla habitual: *jockeys* vistiéndose, diciendo palabrotas, riendo y aceptándome, por haberme visto ya muchas veces, como parte del escenario. Llevaba las cuentas de treinta y dos *jockeys* y había llenado extraoficialmente las declaraciones de réditos de una docena más. También tenía a mi cargo la contabilidad de treinta y un preparadores, quince caballerizas, dos mayordomos del Jockey Club, un hipódromo, trece levantadores de apuestas, dos firmas de transporte de caballos, un herrero, cinco comerciantes de forraje y más de cuarenta personas, dueños de caballos de carrera. Era probable que yo supiera más de los asuntos financieros privados del mundo de las carreras que cualquier otro en el hipódromo.

En el paseo preliminar Moira Longerman gorjeaba feliz, excitada, con su nariz como un botón asomando traviesa por sobre el esponjoso cuello de marta cibelina. Bajo el cuello se arrebujaba en un abrigo haciendo juego, y en los rubios cabellos flotaba un sombrero de la misma piel. Sus azules ojos maduros brillaban de excitación, y en la alegría directa de su comportamiento uno podía ver por qué tantos miles de personas gastaban sus ganancias en poseer caballos de carrera. No solo por el juego, o el espectáculo, sino más bien por la dosis extra de adrenalina, y la sensación de participar en algo. Ella sabía muy bien que la diversión podía convertirse en frustración, en lágrimas. Los valles escondidos hacían que las montañas parecieran más preciosas.

—¿No le parece que Tapestry está *maravilloso*? —dijo, con sus pequeñas manos enguantadas agitándose en dirección al caballo mientras este giraba en la arena bajo las miradas de filas compactas de espectadores atentos.

—Grandioso —le dije, sin mentir.

Binny miraba con el ceño fruncido al cielo claro y frío. Había logrado un caballo con el brillo pocas veces superado por sus otros corredores; crines y cola trenzadas en forma impecable, cascos aceitados, una manta nueva, relucientes y lustrados arreos de cuero cosido a mano, y un intrincado diseño geométrico hecho a cepillo en los bien cuidados pelos de los cuartos traseros. Binny estaba muy ocupado diciéndole al mundo que si su caballo fallaba, no sería por falta de preparación. Binny me usaría de allí en adelante como la razón por la cual no había ganado la Copa de Oro.

No puedo decir que me molestara demasiado. Como Moira Longerman, estaba sintiendo esa sensación en la garganta que produce una emoción, única en la vida, de que una profunda experiencia me esperaba. Podía suceder un desastre, pero pasara lo que pasase, yo habría corrido en la Copa de Oro.

Había ocho caballos, incluyendo a Tapestry. Montamos, salimos a la pista, desfilamos delante de las tribunas llenas y ruidosas y fuimos a medio galope hasta la largada. Podía sentirme temblar y sabía que era una estupidez. Solo con la cabeza fría podía obtener buenos resultados. Cuénteles eso a las glándulas que segregan adrenalina.

De todas maneras podía tratar de disimular. Serenar mis nervios que aleteaban como mariposas y actuar como las carreras de este calibre vinieran a mi encuentro seis veces en la temporada. Ninguno de los otros siete parecía ansioso o tenso; sin embargo, alguno de ellos debía de estarlo. Aun para los mejores profesionales esta era una gran ocasión. Me di cuenta de que sus expresiones plácidas debían ser tan falsas como la mía, y me sentí mejor.

Avanzamos hacia las cintas en una línea despareja, reteniendo los caballos ansiosos con las riendas cortas, y manteniendo todavía el peso en las monturas. Entonces el juez de largada apretó la palanca y dejó que las cintas volaran, y Tapestry mordió el aire y casi me arranca los trazos del cuerpo.

Casi todas las carreras de cinco mil metros comenzaban en forma moderada, se aceleraban a mil seiscientos metros de la llegada y a veces terminaban en una parsimoniosa procesión. Ese día los participantes de la Copa de Oro arrancaron como si fueran a cubrir toda la distancia a la velocidad record del Derby, y Moira Longerman me comentó después que Binny usó algunas palabras que ella no había oído antes al ver que yo no lograba mantener a Tapestry cerca de los demás.

Para cuando habíamos volado sobre las dos primeras vallas, yo estaba último por unos buenos seis cuerpos, una brecha no muy grande en sí misma, pero aun así una distancia del tipo yo-se-lo-dije para ser tan al principio de los procedimientos. En realidad no podía decidirme. ¿Tendría que ir más rápido? ¿Mantenerme más cerca de las colas que iban al frente? Tapestry había arrancado a más veloci-